

# Capítulo 22 - Los Habitantes de la Isla - El Último Orellen

- [Capítulo 22 - Los Habitantes de la Isla - El Último Orellen](#)

# Capítulo 22 - Los Habitantes de la Isla - El Último Orellen

Los Habitantes de la Isla

Isla Dulcimer

Aguas Libres

Hace Dos Años

Cuando el trío de barcos fondeó frente a la costa de una diminuta isla de coral llamada Dulcimer, la atmósfera era aún más festiva de lo habitual.

Dulcimer era casi desierta, salvo por una capa de vegetación rala, bandadas de aves marinas y menos de una docena de pequeñas chozas sobre pilotes que constituían el único asentamiento humano en cientos de millas en cualquier dirección. Pero fue la penúltima parada en un viaje que había durado meses para la mayoría de los pasajeros.

Después vendría el Archipiélago.

Zevnie permaneció en cubierta junto con el resto de la delegación de Makeeran—su abuela, su hermana menor y dos primos varones con unos pocos años más que ella. Todos observaban cómo los tres adolescentes que venían de la Forja de Shulna corrían gritando hacia la baranda.

La niña que encabezaba se quitó la túnica, y al poco tiempo, se lanzó en un salto elegante desde la borda del barco. Sus compañeras se lanzaron tras ella, atravesando el agua azul cristalina, dispersando una escuela de peces de colores arcoíris.

—¿Puedo quitarme la camisa y nadar, Granna? —preguntó Vardnie, la hermana de Zevnie.

—Puedes nadar, pero déjate la camisa puesta —respondió su abuela distraída. Ella cubrió sus ojos oscuros con la mano y miró hacia las chozas—. Algunas personas tienen costumbres distintas, y confío en que recuerdes—.

—Lo sé, lo sé —gruñó Vardnie—. Debemos ganarnos el respeto en este viaje, no perderlo.

Parecía más interesada en nadar a su manera que en obtener respeto. Pero, un momento después, sonrió, le entregó a Zevnie las pulseras de oro que solía usar y se lanzó sobre la barandilla. Coordinó su salto a la perfección para hacerle una salpicadura a la chica de la Forja.

La muchacha mayor se rió, y antes de que pasara mucho tiempo, ambas estaban compitiendo para ver quién llegaba primero a uno de los barcos vecinos.

Zevnie deseaba unirse a ellas, pero si lo hacía, el ambiente se volvería rígido.

Vardnie era demasiado joven e inexperta para representar una amenaza real para los demás isleños en aquel viaje. Aunque no lo fuera, su Granna había dejado claro desde el momento en que abordaron que, de los cuatro candidatos que Makeeran había llevado para el torneo de ese año, Zevnie era la única que realmente contaba.

La odiaba, y también lo entendía. La clan de la ánfora de Makeeran era joven. Solo se había convertido en un clan oficial hace unas pocas décadas, bajo la influencia de su abuela. Eran débiles, incluso para los estándares isleños. Necesitaban aliados tanto como soluciones para los obstáculos de su magia.

Por eso, era positivo que todos supieran que Vardnie y las otras dos no tendrían oportunidad en las próximas pruebas. Esto las hacía inofensivas. Y, dado que las delegaciones contrarias solo habían traído a sus mejores candidatos, la hermana y los primos de Zevnie se habían convertido en las únicas compañeras aceptables con quienes socializar.

Seguramente, Granna esperaba que los chicos salieran de allí con sus primeros contratos de matrimonio arreglados, si alguna de las otras familias estaba dispuesta a aceptar la forma poco convencional en la que manejaba Zevnie y su clan.

—Ahí viene.

Zevnie volvió a mirar a su abuela. La anciana seguía mirando hacia las chozas. El reflejo brillante del sol en el agua la hacía entrecerrar los ojos.

—¿A quién? —preguntó Zevnie.

—Al que envió el Archipiélago. Está llegando —respondió su abuela.

Zevnie no conocía ningún hechizo que pudiera mejorar su vista, así que tendría que confiar en la vista mejorada de su abuela.

Todos habían estado hablando de ello durante todo el viaje. El Archipiélago no exigía la presencia de candidatos isleños en su torneo. No tenían que hacerlo. Pero este año, una paloma mensajera llegó y guió a estas tres embarcaciones a desviarse hacia Dulcimer, una isla tan pequeña que Zevnie no habría sabido su nombre si no hubiera memorizado mapas de niña.

Su abuela inspiró profundamente, con intensidad.

—¿Qué es eso? —Zevnie se inclinó sobre la barandilla. Podía distinguir un barco aproximándose—aquel más parecido a una balsa pobre que a otra cosa—con dos figuras en él. Una era alta, la otra baja.

Su abuela no fue quien respondió.

—Es medio espíritu. No es de extrañar que lo deseen.

Las palabras apenas fueron susurradas. Zevnie se volvió hacia el niño que había hablado, reprimiendo el impulso de dar un paso atrás. Rathe, de las Islas Subtiles, nunca había hecho nada particularmente amenazante frente a ella, pero...

Bueno, Zevnie no era la única en la embarcación que evitaba al niño siempre que podía. Él afirmaba tener nueve años—solo un año más que Vardnie. Pero tenía una confianza inquietante, casi mortal, que transmitía miedo.

No era normal. Incluso para los practicantes. Si alguien desapareciera una noche, ella sospecharía primero de Rathe.

—Siempre parece estar a punto de hacerme saltar las tripas —dijo el niño con esa voz suave—. Qué lástima.

—Lo siento —respondió Zevnie, juntando las manos sobre el corazón en señal de disculpa—. Pero no puedo evitarlo.

La piel y el cabello de Rathe eran pálidos como la luna. Llevaba una túnica blanca sin forma, casi indistinguible de las largas camisolas que algunas de las chicas en la nave usaban para dormir, y porque era sin mangas, Zevnie podía ver la azulidad de las venas en la parte interior de sus brazos, que subían hasta sus hombros. Detrás de un par de gafas de plata encantadas, el niño tenía un ojo azul y uno marrón, y ambos estaban siempre atentos.

Por qué, Zevnie no lo sabía.

—Los verdaderos medios espíritus son tan raros como huevos de wyvern —dijo Rathe, mirando al agua—. No creo que haya otro en el mundo en este momento. Me sorprende que el Archipiélago no haya enviado a alguien en persona para recogerlo.

—Tres barcos de practicantes deberían ser suficientes para transportar a un pequeño monstruito —dijo una voz que resonaba en contraste con la suave de Rathe—. Espero que no viaje con nosotros. ¿Se nos permite encadenarlo en la bodega?

Bueno, Rathe no sería la primera persona en esta nave que sospecho de asesinato —corrigió Zevnie—.

No se volvió para mirar a Churl. Aunque su abuela estuviera presente, la robusta joven de quince años probablemente interpretaría cualquier respuesta suya como una excusa para discutir.

Rathe también permaneció en silencio, pero Zevnie sospechaba que simplemente no le importaba que Churl hablara. Su cabeza estaba inclinada, en contemplación, observando la balsa que se acercaba.

—El Archipiélago realmente deja que cualquiera entre en el torneo —dijo Churl, todavía hablando demasiado fuerte—. Mi familia habría quemado a un bastardo de espíritu en la hoguera.

El rincón del ojo azul de Rathe se estremeció. Sus labios pálidos se apretaron hasta desaparecer. Luego, suspiró como si ya estuviera exhausto por la conversación que estaba a punto de tener. —Lo siento —dijo—, pero ¿tienes la impresión de que un medio espíritu es descendiente de un espíritu y un humano?

¿Eh?

Sin poder resistirse, Zevnie giró la cabeza para mirar al adolescente combativo. Su pecho todavía estaba hacia afuera, pero ahora parecía menos seguro. Había estado atormentando a Zevnie durante semanas. Pero no a Rathe.

Nadie atormentaba a Rathe.

Sin duda, Churl no sabía qué hacer ahora que el pálido muchacho—seis años menor y casi con certeza superior a él en un combate mágico—había respondido a su desafío. Tenía ventaja por estar acompañado por una delegación de otros cuatro, mientras que Rathe iba solo. Pero todos sabían que la gente de las Islas Sutiles no debía ser tomada a la ligera en ciertas circunstancias.

Zevnie sintió que su percepción seexpandía instintivamente, captando la magia atmosférica.

No era muy fuerte aquí, pero Dulcimer estaba lo suficientemente cerca de la grieta como para que la corriente mágica fuera constante y errática. No pensaba que eso fuera suficiente para que Rathe pudiera lanzar algo, pero no estaba segura.

Y Churl claramente tampoco lo sabía, porque solo frunció el ceño y se negó a responder.

Rathe parpadeó lentamente. “Eres muy tonto,” dijo, pronunciando cada palabra con tanta claridad que cortaba. “Los espíritus no pueden reproducirse con nada. Son incorpóreos.”

“Tú—”

“No me gustas,” dijo Rathe. “Vete de aquí.”

La opinión de Zevnie sobre el muchacho pálido mejoró aún más, aunque un escalofrío le recorrió el cuerpo. A su lado, su abuela esbozó una sonrisa que se asomó en los bordes de sus labios. Obviamente, estaba atenta a la conversación aunque fingía no estarlo.

Rathe tenía razón, al menos según Zevnie sabía. Los espíritus del primer mundo no podían reproducirse. Pero sí podían poseer. Generalmente, una posesión exitosa destruía la mente y la humanidad de la víctima. Las leyendas decían que los semisíntomas eran lo que ocurría cuando un espíritu intentaba poseer a un recién nacido y, en lugar de tomar control del alma del niño, sus magias se fusionaban en un estado de equilibrio.

En cuanto a qué resultados finales surgían de esa unión... bueno, las leyendas no eran muy claras al respecto.

Con un torpe y ensordecedor intento de intimidar, Churl se retiró.

“Él es tu principal competencia, ¿verdad?” dijo Rathe a Zevnie. “Buscas ser aprendiz de Arlade Glimont, y él es el de nosotros más probable para captar su atención además de tú.”

Zevnie asintió, esforzándose por no mostrar un gesto de disgusto al recordar.

“Su familia utiliza una magia de torsión corporal única que ahoga en medio del nivel de mago,” explicó. “El hechicero Glimont es conocido por favorecer a los usuarios de magia corporal.”

Rathe le regaló una sonrisa irónica. “Todo el Archipiélago es conocido por favorecer a los magos de magia corporal. Es solo natural, dado lo prevalente que son allí.”

“La Alta Hechicera ha estudiado tantos aspectos de la magia corporal que estoy segura de que está lista para explorar algo nuevo,” dijo Granna con orgullo. “Una ánfora tiene muchas posibilidades. Después de todo, han pasado sesenta años desde que ella me entrenó. ¡Y el talento de Zevnie no tiene igual en Makeeran!”

Zevnie deseó que su abuela dejara de decirle eso a todos. Ser un talento sin igual como ánfora era mucho menos impresionante que ser una maga mediocre en casi cualquier otra rama. Su punto débil—por debajo del nivel de maga superior—era risiblemente bajo. Y aunque su talento era útil en una isla que sufría frecuentes y largas escaseces de maná, eso venía acompañado de inconvenientes casi insalvables.

La mayoría de los magos que elegirían aprendices en el torneo no prestarían atención a la delegación de ánforas. Los otros isleños, incluso Churl, tenían una oportunidad. Pero para Zevnie, solo estaban Arlade Glimont y la famosa obsesión de la hechicera con las anomalías mágicas. Si Zevnie no era elegida, si Arlade no usaba sus habilidades de investigadora para ayudarla a superar el bloqueo que había retrasado a su familia durante décadas, nunca sería más que lo que era ahora.

Ni siquiera otro miembro de su clan.

Zevnie podía escuchar a su pequeña hermana reír y chapotear a lo lejos. Un pensamiento oscuro e inquietante se le reveló en la mente. “¿No querrá el Hechicero Arlade al espíritu mitad?”

La balsa se acercaba rápidamente, y Zevnie podía ver con más claridad al pequeño sentado en cuclillas en la proa de la embarcación. Incluso desde aquí, parecía de un carácter irritable para un niño que había sido convocado como invitado de honor de algunos de los hechiceros más poderosos del mundo.

Rathe se volvió también hacia la abuela de Zevnie, claramente curioso por escuchar su respuesta.

“Lo haré,” dijo Granna. “Pero todos lo harán. Nosotros, los practicantes de la isla, quizás somos raros en el mundo exterior, pero un mitad espíritu es una ocurrencia única en la vida. Será un objeto de curiosidad para toda la alta sociedad del Arrecife. Incluso el Maestro Arlade no podrá llevárselo corriendo, y ella no es de las que se quedan de brazos cruzados mientras el mundo necesita exploración. No debes temer que le quite tu lugar. Es posible que incluso no le permitan participar en el torneo.”

A medida que pasaban los minutos, más y más personas se acumulaban en la cubierta para mirar hacia la balsa. Zevnie se dio cuenta de que sería la primera en llegar a su nave. El capitán—un marinero y practicante también—estaba discutiendo asuntos con el primer oficial, tal vez intentando decidir dónde debería quedarse el mitad espíritu cuando las tres embarcaciones estaban tan abarrotadas.

Rathe se acercó a ellos y se unió a la discusión como si no fuera en absoluto extraño que un niño participara de esa manera.

No mucho después, el mitad espíritu fue traído a bordo junto a su compañero.

Zevnie apenas podía imaginar una pareja más inesperada. El niño no tendría más de ocho o nueve años. Tenía la piel cálida y dorada y un rostro con mejillas rojas que, de no ser por su expresión enfadada y los preocupantes destellos rojos de luz que brillaban bajo sus ojos, parecería infantil y dulce.

Había seis de ellos. Parecían marcas de garras irregulares y cortantes, y la luz oscilaba sin cesar bajo su piel.

Zevnie no tenía ni idea de qué tipo de magia era esa. Ni idea de qué espíritu en realidad. Y decidió de inmediato no preguntar.

Al apartar con un golpe las manos ayudantes de un marinero, el niño espíritu mitad se trepó al barco sobre la baranda.

“¿Y qué esperan, eh?” soltó armónicamente a los ojos curiosos que se habían congregado allí. “Espero que Dulcimer no vaya a llenar los grandes bergantines con comida y agua. Los silos ya están casi vacíos esta temporada. Además, no hay comida para repartir a menos que traigan algo para intercambiar. Podemos zarpar. ¡Cuanto antes, mejor!”

“Mayna, no hay necesidad de ser grosero. El capitán del barco partirá cuando el tiempo y el mar lo deseen.” Detrás de él, el compañero del niño acababa de colarse una pierna por encima de la baranda. Su apariencia no era menos sorprendente que la del mitad espíritu.

El hombre llevaba pantalones a medida y una camisa de seda bordada con botones de concha que parecían feas por su forma. Su ropa estaba arrugada y desgastada, pese a sus evidentes esfuerzos por mantenerse presentable en otros aspectos. Su cabello liso y negro brillaba, estaba bien peinado y peinado. Su rostro—algo delgado y severo—estaba afeitado.

El hombre era lo suficientemente alto como para eclipsar a casi todos a bordo, y se inclinó con una elegante reverencia en dirección al capitán, incluso mientras sujetaba la espalda de la camisa de Mayna para que no se fuera de lo que parecía un impulso.

“Le agradecería mucho si nos concediese ambos el pasaje al Archipiélago, Capitán,” dijo.

“Comprendí en una carta que recibimos hace tiempo que se espera que Mayna estuviera con nosotros.”

“Ya no tienes que concederle paso,” dijo Mayna frunciendo el ceño a todos. “No es un pariente mío. Solo es un majuh del continente que cayó del cielo hace seis meses. Se estrelló justo en la tapa de mi cisterna y decidió vivir en mi casa. Los demás le robaron todo lo que tiene, excepto su ropa.”

“Hasta le robaron algunas de esas,” dijo el hombre, mirando hacia sus feos botones.

“Se llama Lan Ornen,” dijo Mayna, luchando por liberarse del agarre del hombre. “No deberías dejar que se quede a bordo. Mira qué grande es. Come tanto como una maldita graffe. Casi paso hambre tratando de pescar para los dos.”

Zevnie dudaba que esto último fuera cierto, ya que Mayna era notablemente rellenita.

“Te refieres a Lan Orellen,” señaló el hombre, con una mirada fija mientras levantaba al chico medio espíritu por la parte de atrás de su camisa, hasta que sus pies desnudos y callosos colgaban sobre la cubierta. “Yo soy un mago. Y no como tanto como una maldita jirafa. ¡Y ni siquiera conocerías alguna de esas palabras si no te hubiera estado educando en cada momento libre!”

“¿Q-qué es una jirafa?” susurró una niña.

Hablaba muy bajito, claramente nerviosa por la extraña pareja, pero Mayna la escuchó. La cabeza del chico medio espíritu giró, y por primera vez, tuvo una expresión distinta a la de la ira en su rostro. “Es como un caballo con un cuello largo,” dijo, claramente encantado con ese concepto. “Y un caballo es como una rata del tamaño de una casa, ¡sobre la que puedes montar con un asiento hecho de piel seca!”

Todos intercambiaron miradas sorprendidas.

No era raro que un niño de un lugar tan pequeño y remoto no hubiera visto nunca un caballo. Dulcimer probablemente no tenía muchos animales aparte de las aves marinas y las ratas, y muchos habitantes de las islas nunca habían visto un caballo en persona. Pero todos tenían ciertas expectativas respecto al niño que habían enviado a buscar, basadas únicamente en el hecho de que el Archipiélago lo quería.

Pensaban que sería una persona muy educada, como la mayoría de los niños practicantes que viajaban por el mundo para el torneo.

Churl soltó una carcajada desagradable, y los ojos de Mayna se fijaron en él en un instante. Algo debajo de su camisa rugosa comenzó a emitir un brillo rojizo, igual que las cicatrices en su rostro.

De repente, la magia que rodeaba el barco se movió.

No era como ninguna hechicería que Zevnie hubiera sentido antes. Al menos no una de esas. Era sin sentido. Sin rumbo. Y enfadada.

Más tarde, su abuela le diría que en ese momento realmente había tenido miedo. Mayna no tenía control, decía, y por eso cualquier cosa podría haberle ocurrido a cualquiera en ese instante. “Era tan probable que desgarrara a un simple espectador como que lastimara a ese joven desagradable, y pocos de los presentes habrían sido lo bastante rápidos para detenerlo.”

Pocos de ellos. Pero no ninguno.

Cuando la magia alrededor del barco se volvió hostil, Lan Orellen se inclinó tranquilamente hacia todos los presentes, y luego, con una gracia casual y bien ensayada, lanzó a Mayna por la borda.

Hubo un grito de ira y un fuerte chapoteo. La magia se estabilizó en un instante.

“Mayna tiene problemas con sus emociones,” dijo el hombre del continente al capitán. “Ha estado muy aislado. Los pocos otros que viven aquí—su familia, supongo, aunque ninguno de ellos lo confesaría—le dieron una choza para él solo, y hasta que llegué, nadie podía entrar. He estado quedándome con él estos últimos meses. Es realmente un chico muy talentoso. Me recuerda a mi propio hijo cuando tenía esa edad.”

Con evidente inquietud, el capitán se rascó la cabeza. “Tú eres...ah...Orellen. ¿No eres esa familia que...está atravesando problemas en varias partes del continente?”

“Él es un portalista,” dijo la abuela de Zevnie, siempre ansiosa por presumir de su conocimiento sobre las familias continentales. Probablemente porque había adquirido esa sabiduría durante su aprendizaje con Arlade. “La mayoría de los Orellen son de esa clase. Y él tiene la suerte de un diablo, pues cayó del cielo y aterrizó en este pequeño trozo de tierra cuando no hay más que mar por decenas de leguas.”

“Así es como usted dice, señora,” respondió el portalista, haciendo una tercera reverencia. “Mi familia intentaba enviarme hacia el Archipiélago. Estamos enfrentando... dificultades en varios países... y esperamos establecer refugios para algunos de nuestros miembros más talentosos en el Archipiélago. Pero, como seguramente sabe, el viaje espacial a través del rift no es nada sencillo. Tengo la fortuna de no haber muerto cuando el traslado falló. Y aún más afortunado de haber llegado aquí, donde solo tuve que esperar unos meses hasta que llegara su barco.”

Qué suerte de diablo. Todos sabían que no se podía hacer puerto directo hacia el Archipiélago. Solo se lograba llegar en barco con un piloto experimentado. Y este mago continental, además, había intentado lo imposible — y había tenido éxito.

Aunque no de la manera que él había pensado.

Zevnie sabía que el capitán no dejaría a Lan Orellen atrás en Dulcimer. Existía una verdadera posibilidad de que lo hiciera si fuera un hombre de cierto tipo. Algunos isleños se ofenderían si

alguien les estorbara solo por molestar a un practicante continental, y aunque el portalista era un mago, estaba en gran desventaja.

Pero Mayna debía ser llevado al Archipiélago, y después de esa incómoda escena, nadie en la tripulación querría ser responsable de mantenerlo bajo control. Si el hombre Orellen estaba acostumbrado a eso, pues que lo hiciera él.

“Ah,” dijo el capitán. “¿No sería mejor sacar a tu protegido del agua?”

Tu protegido. Para todos, la palabra era clara.

La sonrisa de Lan se tornó sardónica. “Démosle unos momentos para que se recomponga. Realmente, es lo mejor ahora.”

Zevnie no volvió a ver mucho al semiespíritu después de eso. Él y el hombre alto compartían una cabaña diminuta con Rathe, y raramente se los veía entre los demás pasajeros.

Pero, unas noches tras partir de Dulcimer, Zevnie salió a cubierta a respirar aire fresco y escuchó sonidos de vómito bullicioso.

“Lo vomita todo, cada cosa que pone en su boca,” susurró una voz. Rathe había emergido de las sombras como un espectro, con el cabello y la piel casi resplandecientes bajo la luz de la luna.

Zevnie dio un salto. “¿El mago continental?” Solo tenía sentido, pensó. Siendo un portalista del continente, quizás nunca había viajado mucho por mar.

“No. Él ha navegado con la flota mercante de su familia antes. Es Mayna quien vomita sus tripas. Nunca ha salido de Dulcimer. Nunca ha viajado más lejos en el agua que en esa pequeña balsa para llegar a nuestro barco.”

“¿Él no es... peligroso cuando está enfermo, verdad?”

“¿Tienes miedo de él?”

Zevnie miró a través de la oscuridad y distinguió una pequeña figura inclinada sobre el costado del barco. “Sí.”

Rathe quedó en silencio unos instantes. Cuando habló de nuevo, su voz sonaba más firme que de costumbre. “Quise preguntar esa misma cosa de otra manera. Quise decir, ‘¿Crees que es menos que humano?’”

Estaba observando a Zevnie con tanta intensidad que ella podía sentir sus ojos como un tacto en su piel. ¿Cuándo y por qué se había vuelto tan protector con Mayna?

Ella negó con la cabeza. Luego, por si Rathe no podía verla bien en la oscuridad, añadió: “No he pensado mucho en los semiespíritus antes, pero él parece un humano, habla como un humano y

siente emociones como un humano. Eso me basta. Pero espero que no hunda nuestro barco.”

Rathe le sonrió. Por un momento, parecía casi un niño normal. “Bien. Estoy de acuerdo. Mayna ha tenido una vida dura. Estaba muy solo antes de que ese mago entrara en su casa. Y no me gusta la forma en que Churl habla de él.”

“Churl no habla bien de nadie más que de sí mismo.”

“Sí. Es cierto. Y es demasiado talentoso para que me quede tranquilo. Podría ser elegido como aprendiz, ya sea por tu Arlade Glimont o por otro. Tomará tu lugar. O conseguirá uno en el Archipiélago, y Mayna tendrá que lidiar con él durante años. He decidido arruinar su futuro si tengo la oportunidad.”

Dijo todo esto tan rápidamente y con tanta naturalidad, que a Zevnie le tomó un momento entender el significado de sus palabras.

“¿Qué?” exclamó sorprendida. “¿Qué quieres decir con eso...?”

“Churl y yo probablemente avanzaremos mucho en la ronda de combate del torneo. Si nos enfrentamos, ganaré con más claridad de la que necesito. Entonces, tu camino hacia un aprendizaje en la ronda de exhibición será más fácil.”

¿Había sido tan frío el viento hace un momento?

“No hagas eso,” dijo Zevnie rápidamente. Intentó sonar indignada, pero en realidad, solo le molestó un poco que Rathe hubiera considerado esa idea. “Quiero ganarme mi aprendizaje.”

“Lo seguirás ganando. Solo lo conseguirás más fácilmente después de humillar y herirlo,” afirmó Rathe.

El estómago de Zevnie se apretó. Quizá estaba más perturbada de lo que pensaba. “Pero—”

“Me gustan las personas de tu delegación,” murmuró Rathe. “Tu abuela no me tiene miedo. Y se preocupa por su familia. Más allá, nuestras magias podrían complementarse, de no ser por esa asfixia temprana que sufren las ánforas y esa extraña parálisis mágica. Me sería favorable que tuvieras un futuro como practicante. Sería malo para mí que Churl lo tuviera, ya que planeo ganar el torneo y obtener la ciudadanía en el Archipiélago. No quiero verlo muy seguido.”

¿Magias complementarias? Zevnie no había entendido que Rathe lo consideraba así. ¿Sería esa la razón por la que siempre parecía estar observando?

Era verdad. Pero solo en teoría.

Cada isla tenía sus propias peculiaridades mágicas, dependiendo de cómo, y con qué frecuencia, fluía la magia del rift a su alrededor. Y quienes lograban practicar a pesar de esas peculiaridades tenían sus propias especialidades únicas.

La familia de Zevnie se llamaba a sí misma ánforas. La palabra incluso se había convertido en su apellido en los últimos años. Sus caminos estaban especializados en extraer mana lentamente y de forma constante, y mantenerlo indefinidamente.

Podían contener mucho. Más que cualquier otro tipo de practicante.

Pero, una vez recopilada, la mayor parte de esas maravillosas reservas de mana permanecía inactiva, congelada e incapaz de ser dirigida hacia la magia.

Era un esfuerzo constante mantener incluso una pequeña cantidad de esa gran reserva de mana en movimiento. Las ánforas perezosas que no se actualizaban no podían ni siquiera lanzar los hechizos más simples. Las ánforas dedicadas, que hacían todo con precisión, podían realizar una gran variedad de hechizos básicos tan bien como cualquier otro mago.

Y nunca podrían alcanzar más que aquello.

Las ánforas no tenían afinidad natural. La forma de sus caminos se prestaba únicamente al almacenamiento, y nada más. Y había un límite rígido en cuánto de su poder almacenado podían hacer fluir a través de ellas, incluso si giraban todo el día.

Esa pequeña, móvil parte era la única utilizable, por lo que agotarla equivalía a estar completamente sin energía. Al menos hasta que te sentabas durante horas, girando en los bordes de tu suministro interno para aflojarlo de nuevo.

La ventaja de ser un ánfora era que durante las largas sequías mágicas en Makeeran, la familia de Zevnie podía movilizar sus reservas internas para lanzar conjuros durante meses.

Esa capacidad los había hecho poderosos en su isla.

Más allá de ella, solo eran una novedad.

En uno o dos años, Zevnie alcanzaría su máximo como practicante. Era el mismo punto alto que había llegado su abuela y cualquier otro adulto en su familia antes que ella. Si alguien quería ir más allá de ese límite, tendría que hacer un avance.

Arlade Glimont había estado investigando tales avances durante más de un siglo.

Zeveznie frunció el ceño hacia Rathe. “¿No te interesa en absoluto la apprenticeship del Mago Arlade?”

“Ella no está interesada en mí,” corrigió. “Tomó un aprendiz de las Islas Sutiles hace unos años. No necesita otro. Nuestro modo de magia no es tan misterioso como la gente piensa. Y nuestras...limitaciones... no son algo que pueda arreglarse.”

En las Islas Sutiles, los practicantes estudiaban una especie de magia que dependía de concentraciones extremadamente pesadas de mana atmosférico. Zevnie nunca había oído que alguien dijera qué tipo de magia era. Se suponía que era un secreto. Pero los efectos eran bien

conocidos.

En lugares donde la magia atmosférica era alta, Rathe y otros como él podían lanzar conjuros ofensivos fuertes rápidamente.

Muy rápidamente.

Cuando Rathe abordó el barco, algunos de los otros susurraron que en el torneo pasado, el representante de las Islas Sutiles había derrotado a todos sus oponentes en apenas un par de respiraciones.

Pero en lugares donde la magia atmosférica era baja, o incluso en niveles normales, los isleños sutiles podían hacer casi nada. A cambio de su velocidad extraordinaria en combate, habían sacrificado casi por completo la capacidad de almacenar poder internamente.

Esto era problemático, ya que los trabajos mágicos estaban diseñados, en casi todos los casos, con el entendimiento de que el practicante sostendría y moldearía su propia magia, no que la canalizara instantáneamente desde la atmósfera. Pero al menos, la gente de Rathe podía alcanzar algo que se asemejaba al nivel de habilidad de un hechicero en combate, siempre que su pelea tuviera lugar durante las auroras rift o en el Archipiélago.

Eran casi opuestos a un ánfora.

“¿Realmente esperas ganar la ciudadanía?” preguntó Zevnie. “Solo se concede a un isleño si es el gran ganador. Y normalmente, el ganador suele ser alguien del Archipiélago.”

El torneo de aprendizaje se realizaba cada cinco años. Se permitía la participación a practicantes menores de veinte años. Existían tres categorías: combate, exhibición y saberes, para que los candidatos pudieran mostrar sus habilidades independientemente de la disciplina que eligieran. La vencedora global era quien lograba la puntuación más alta en promedio en las tres categorías.

Zeveznie nunca había oído que ganara una niña de nueve años. Hasta donde ella sabía, la ganadora más joven había sido una niña de catorce.

La sonrisa de Rathe se volvió un poco nerviosa. La expresión resultaba extraña en su rostro. “Quizá hablo con demasiada seguridad,” admitió. “Me gustaría ser el ganador absoluto este año. Pero solo espero ganar en la ronda de combate. Debería hacerlo lo suficientemente bien en las otras dos categorías para conseguir un buen aprendizaje. Dentro de cinco años, cuando termine el aprendizaje, estaré en una mejor posición para ganar en general.”

Zevnie se sorprendió y asustó por la confianza que manifestaba. ¿Y si los otros candidatos del Archipiélago eran como Rathe?

Su clan estaría condenado.

— Entonces... ¿Confías en un contrato de cinco años? —preguntó ella.

Él encogió de hombros. — La mayoría de los maestros ofrecen contratos de tres o cinco años, según he oído. Si pudiera elegir, tomaría cinco. No quiero desperdiciar tiempo valioso en regresar a casa solo para dar la vuelta y participar en el siguiente torneo.

— Arlade Glimont solo concede contratos por un año. No le gusta estar atada a su aprendiz por mucho tiempo —comentó Rathe.

— Eso es difícil —dijo Rathe—. Un año no es mucho. Especialmente considerando su reputación de viajar constantemente.

— Tomaré ese año —afirmó Zevnie con firmeza—. No puedo dejar que un muchacho, menor que yo, me supere con tanta confianza. No con toda la responsabilidad de mi familia sobre mis hombros. —Suspiró—. Tomaré ese año, y lograré algo con él.

— ¿Podrían, ambos, callarse? —suplicó una voz con desgana—. Estoy intentando morirme aquí.

— Le preguntaré a mi Abuela si le queda té de jengibre —dijo Zevnie en voz alta para que Mayna lo oyera—. Ayuda con el mareo.

— Es muy amable de tu parte —comentó Rathe.

Zevnie encogió los hombros. Solo era té.

— Quizá ambos estamos contando los huevos de pato demasiado pronto —apuntó—. Después de todo, Mayna podría estar en el torneo. Me imagino que ninguno de nosotros será comparable si él participa.

Ella intentaba que su pregunta sonara lo más sutil posible.

Rathe lo entendió claramente. — Dudo mucho que le pidan participar. Y si lo hacen, perderá miserablemente.

Más ruidos de arcadas provenían de la dirección del medio espíritu.

— Pero ¿no es poderoso? —preguntó Zevnie—. ¿No es esa la razón por la que lo desean?

— Nunca había conocido a otro practicante antes de que llegara aquel mago Orellen a Dulcimer. Tiene magia, pero no la usa. Por lo que he visto, más bien parece que la magia lo usa a él —pausó un momento—. Creo que Lan Orellen también lo manipula.

— ¿Cómo? —preguntó Zevnie—. Ni siquiera tuvo la intención de llegar a Dulcimer, ¿verdad?

Sería una sorpresa que alguien hubiera planeado llegar a esa isla intencionadamente.

Rathe frunció el ceño. — No lo sé. No puedo entenderlo en absoluto. Él no pudo haber sabido sobre el medio espíritu si los hechiceros del Archipiélago solo acababan de enterarse de él. Y, aunque quisiera llegar a Dulcimer, ¿por qué no habría llevado provisiones? Lleva meses vistiendo las

mismas ropas. Ningún mago rico haría eso por elección, ¿verdad?

— No. Entonces, no puede haberlo planeado —concluyó Zevnie—. Solo es una coincidencia.

— Pero lo que él desea es la ciudadanía del Archipiélago para él y algunos de su familia —dijo Rathe en voz baja, casi susurrando—. Y no se la concederán. Ni siquiera lo discutirán con él, bajo circunstancias normales. Ni siquiera le permitirán visitarlos. Pero ahora quieren a Mayna, y él casi ha hecho de sí mismo el único amigo de Mayna —

Zevnie encogió los hombros. — ¿Suerte?

— La suerte nunca se arrodilla ante el mismo hombre dos veces.

Ese proverbio evocaba la sensación de una cita, aunque era uno que Zevnie no había oído antes.

Unos minutos después, se despidió de Rathe y Mayna. Esa sería la última conversación significativa que tendrían.

Dos días después, los barcos llegaron a la frontera de niebla que señalaba el límite del territorio del Archipiélago. Un mago piloto, esperando solo en el mar en una pequeña barca, los aguardaba.

La magia del piloto, sintonizada desde su nacimiento con la impredecible furia del quiebre en este lugar, los guió con seguridad a lo largo de las horas siguientes. Finalmente, tras años de expectativa y estudio, Zevnie vislumbró por primera vez el archipiélago.

Podía distinguir las tres islas principales, que brillaban con luz a través de la neblina. Edificios se alzaban por encima de los doseles verdes de los árboles, y un puente de piedra blanca, elegantemente arqueado y mayor que la imaginación de Zevnie, atravesaba el océano entre dos de ellas.

Era un lugar de una belleza impactante. Pero era la vista más allá de esas islas lo que dejó sin aliento a Zevnie. Su magia, incluso en un estado de estabilidad congelada que solo una ánfora podía lograr, parecía a punto de fracturarse bajo una presión inmensa.

Más allá del archipiélago, donde el océano y el cielo deberían haberse unido en la curva del horizonte, se extendía una negrura infinita.

El quiebre.

“Bienvenido al archipiélago,” dijo el piloto, reforzando su voz con magia para que pudiera ser escuchado en las embarcaciones que los seguían. “Bienvenido al fin del primer mundo.”

Isla Hemarland

(hoy en día)

“Tienes un semblante sombrío para alguien que por fin puede respirar libre,” señaló Nanu, observando con curiosidad a Kalen. “¿Ha crecido tanto tu nueva amiga que no soportas separarte de ella?”

Ambos estaban en la empinada colina que dominaba la playa, mirando cómo partían Arlade y Zevnie en su barco. Era un día despejado y ventoso. Muy diferente al que llegó el hechicero y su aprendiz, y totalmente discrepante con el estado de ánimo de Kalen.

“No exactamente,” respondió. “Zevnie y yo hemos conversado sobre muchas cosas en estos días. Pero aún no estoy seguro de que seamos amigos.”

En su bolsillo, su mano apretaba el cristal tallado del cráneo que Zevnie le había dado. Estaba cargado con el poder de Arlade. La hechicera se enfurruñaría cuando su aprendiz tuviera que decirle que lo había dejado atrás.

Tras varias largas discusiones, finalmente acordaron que Zevnie no le diría a la hechicera por qué lo había hecho. Ni cuando expirara su juramento en un año. Ni siquiera en dos.

Zevingne pensaba que Kalen era un tonto sin remedio. Y... no estaba segura de que ella estuviera equivocada.

Pero Zevingne no sabía que Kalen era un Orellen. Y él todavía no entendía exactamente qué significaba ser uno.

Es algo más grande de lo que pensaba.

Para Zevnie, Lan Orellen solo había sido mencionado de pasada en una historia llena de maravillas. Prácticas de muchas islas viajando a un gran torneo en el borde del quiebre mismo, un muchacho medio espíritu, y otro que había derrotado a hombres dos veces mayores que él en combate mágico para obtener su aprendizaje de cinco años—Kalen se había sentido pequeño e ignorante solo al escuchar sobre ello a través de los relatos.

Eso había sido el objetivo de Zevnie. El mundo era inmenso, y si Kalen quería aprender magia de verdad, necesitaba abandonar Hemarland y unirse a una familia en el continente o conseguir un maestro adecuado en el archipiélago. Lo antes posible.

Pero ese era un consejo para Kalen, hijo de Jorn. Y Kalen, de repente, comprendió que si abandonaba aquel lugar, ese mundo más amplio lo reconocería como alguien muy diferente.

Kalen había tenido la valentía de preguntarle a Zevnie por qué toda una familia de practicantes estaba en problemas con las demás familias del continente. Pero no mucho más. Una pequeña curiosidad era algo normal, seguramente, pero temía que muchas de sus preguntas pudieran ser peligrosas.

Había una profecía, había dicho el aprendiz. Algo sobre el mago más poderoso del mundo. Los Orellen poco a poco estaban desapareciendo por causa de ella. Corrían hacia sus aliados restantes, se escondían o... morían a manos de sus enemigos.

¿Significaba eso que Kalen tenía enemigos? ¿Que quisieran verlo muerto? No podía estar seguro, pero pensaba que la respuesta quizás era un escalofriante sí.

Zevnie había oído un rumor justo antes de que ella y Arlade abandonaran el continente. Uno que decía comenzaba a difundirse. Lo compartió con Kalen dos noches antes, mientras construían juntos una fogata sobre la roca. Comentó que en su clan era tradición contar historias aterradoras por la noche. Y esa era una de las más aterradoras que conocía.

Los Orellen habían hecho algo prohibido antes de abandonar su Enclave. Y solo ahora empezaba a salir a la luz.

“¿Qué quieres decir con que resucitaron a los muertos?”

“Justo lo que escuchaste,” suspiró ella, inclinándose hacia él. Chispas naranjas se reflejaban en sus ojos gris oscuro. “Cuando otros practicantes intentan adivinar usando sus poderes sobre los miembros de la familia o emplean hechizos de seguimiento de sangre, obtienen resultados pobres. Supongo que probablemente no sabes lo fácil que es confundir ese tipo de hechizos. Pero cuando los magos logran resultados, estos generalmente los llevan a niños que no saben nada de la familia Orellen. Todos han sido transformados por algún tipo de magia sanguínea, de modo que están relacionados con la línea Orellen y con la profecía del niño que todos buscan. Pero no tienen idea.”

“¿Qué tiene que ver eso con resucitar a los muertos?”

Kalen escuchó la finura de su propia voz. Se sentía mareado, como si fuera a desmayarse. Se preguntaba si iba a perder el conocimiento. Pensó en si podía justificar el desmayo como una conmoción tardía por la pelea, en lugar de un pánico repentino y apenas contenido.

Zevnie seguía inclinada hacia él, con los ojos muy abiertos. “El rumor es que los niños no nacieron, sino que, de alguna manera, fueron creados usando los cuerpos de los muertos. No creo en ello. Pero, ¿cómo más habrían conseguido tantos? Los rumores dicen que hasta ahora se han encontrado cerca de cuarenta. Debe haber más. Y dudo que alguna importante familia continental haya decidido borrarles la memoria y abandonar a tantos de sus hijos reales.”

Kalen hundió las manos en la piedra y miró las llamas, intentando mantenerse en el presente. Soy Kalen, hijo de Jorn. Un chico de Hemarland.

Una fracción de su memoria de Tomas Orellen emergió a la superficie. Era algo en lo que no había pensado mucho. Tomas decía que ninguno de sus otros hermanos quería conocer a Kalen ni a otros como él. ¿Había mencionado por qué?

Kalen no pudo recordar.

“Lagartos,” dijo Zevnie, con la voz pensando.

Kalen se dio cuenta de que ella llevaba un rato hablando y él se había perdido la mayor parte.

“¿Qué?”

“¡Ja! ¡Te asusté tanto que ni siquiera me oíste más!” Ella le sonrió. “Eso es señal de una buena historia aterradora.”

“Ja,” dijo Kalen débilmente.

“Pensaba que era como los lagartos. ¿Sabes qué son los lagartos?”

“Por supuesto que sé qué son los lagartos,” respondió Kalen.

Ella asintió. “Son muy grandes en Makeeran. Algunos los comen. Pero son difíciles de atrapar. Todos intentan agarrarlos por la cola primero, pero los lagartos pueden deshacerse de ella. La cola es un sacrificio para los cazadores, ¿ves? Les da tiempo a los lagartos para escapar. La familia Orellen necesitó tiempo para huir. Y como no tenían colas que sacrificar, hicieron algunas de ellas propias.”

Kalen deseaba que Zevnie no hubiese ideado esa metáfora tan ingeniosa. La imagen de los lagartos perdiendo sus colas se le hundió en el alma como un ancla arrojada a las profundidades del mar. De repente, supo que nunca, jamás, lo olvidaría.

Desde aquella noche, Kalen no había vuelto a dormir.

Ahora, de pie junto a Nanu y contemplando cómo la nave se perdía en la lontananza, se preguntaba si la información de Zevnie sería una benevolencia o una maldicencia.

Por un lado, a Kalen le agradecería mucho no tener esa carga. Sin embargo, por otro, tal vez no podría guardar su secreto para siempre sin comprenderlo por completo.

Zevnie le había enseñado cómo comenzar a ordenar su magia. Incluso le había hecho una lista de las tareas que debía realizar para estar preparado cuando llegara el momento.

Primero, descubrir tu afinidad. Segundo, conseguir los manuscritos adecuados para principiantes y magos de bajo nivel. Tercero, practicar hasta desear nunca haber nacido.

Kalen sintió que se encogía de hombros con una mueca.

Quizá nunca existí.

Ayer, en el espejo de la tía Jayne, se había examinado durante horas, intentando encontrar alguna evidencia de que en realidad fuera una especie de cadáver encantado. Pero seguía siendo la misma persona de siempre.

“Maestra Nanu,” dijo Kalen, “¿existen lagartos en Hemarland?”

Nanu le lanzó una mirada. “¿Quieres decir los pequeños animales con patas que parecen serpientes? No. Pero he visto uno en un libro.”

“Nunca he visto uno,” dijo Kalen. “Tampoco he leído nada acerca de ellos.”

Pero en su interior sabía exactamente qué era. La carne de los lagartos brillantes es mortalmente venenosa.

Zevnie comentó que los lagartos de su isla eran de color verde y marrón. Dijo que mucha gente comía su carne. ¿Por qué en la mente de Kalen los suyos eran plateados y peligrosos?

Una parte imprudente de él quería contarle todo a Nanu. Todo, para que pudiera ayudarlo.

Pero en lugar de ello, preguntó: “¿Crees que las pociones que el hechicero Arlade le dio a mi madre funcionarán?”

“Quizá. Probablemente. La obra de un gran hechicero no debería ser cuestionada por alguien como yo.”

“Espero que sí.”

Kalen volvió a tocar el amuleto en forma de calavera que llevaba en el bolsillo. Si partía hacia el próximo torneo, como Zevnie le había insistido con firmeza, no quería que sus padres se sintieran solos.

“Casi lo olvido,” de repente dijo Nanu, sacando algo de su propio bolsillo del delantal. “Aquí tienes, pequeño. Tu moneda.”

Kalen tomó la pesada moneda y miró el compartimento de madera. Por primera vez, sintió el impulso de destruirla. Tomas había dicho que se rompería si se le preguntaba la misma cuestión dos veces. Siempre había sido muy cauteloso, incluso evitaba hablar sobre el mismo tema en general.

¿Debería romperte? pensó en silencio. Lanzó la moneda al aire, la atrapó y la golpeó con fuerza contra su mano opuesta. Le dolió la palma.

Sí.

Pero Kalen ignoró el consejo de la moneda y la guardó en el bolsillo junto con el amuleto de Arlade.

Calavera y moneda de hueso. Juntos.

Quizá soy un cadáver.

“¿Estás bien, pequeño?” preguntó Nanu, observándolo detenidamente. “No me gusta este nuevo humor tuyo.”

“Estoy bien, maestra Nanu,” respondió Kalen. “Simplemente no he podido dormir mucho desde que Zevnie estuvo aquí. Pero algo que dijo me hizo pensar que ahora puedo descubrir mi afinidad, así que eso es una buena noticia.”

“¡Eso sí que es una buena noticia!” exclamó Nanu, dándole una palmada en el hombro. “¿Cómo piensas proceder?”

Kalen permitió que la conversación fluyera. Se dejó sonreír. Aquella noche, incluso se permitió dormir.

Pero aunque no lo tuvo previsto ni siquiera lo notó, esa fue la última vez que llamó “Maestro” a Nanu.

Diez meses después, cuando nació su hermana, Kalen le pidió a sus padres que la llamaran Fanna. No sabía por qué había elegido ese nombre. Simplemente le parecía el nombre perfecto para una niña pequeña.

Desde el momento en que nació, Kalen amó a Fanna un poco más que a todo lo demás en el mundo combinado. Por eso, en aquellos primeros días, resultaba confuso—cuando estaba tan feliz admirando y acurrucando a esa bebé gordita y ruidosa—que Kalen se despertaba constantemente para encontrar su almohada empapada en lágrimas.